

ANA MARIA FAGUNDO, COMO QUIEN NO DICE VOZ ALGUNA AL VIENTO.

Santa Cruz De Tenerife, 1984

Javier Ciordia
Ponce, P.R. Septiembre 1985

Como quien no dice voz alguna al viento es el séptimo poemario de la poetisa española Ana María Fagundo (Santa Cruz de Tenerife, 1938) quien, desde 1967, enseña Literatura Española del siglo XX en la Universidad de California, en Riverside.

En el fondo, **Como quien no dice voz alguna al viento**, título entre desesperanzado y protestatario, no es más que un manojo de sentidos y encabritados poemas de velado autobiografismo y desarraigo, en los que impera la más acuciosa indagación: la indagación, a través de la palabra y de la materia, de esta materia que quiere **realizar —hacer real—** la poesía, de una comunión plenificante. En este sentido, la voz de Ana María Fagundo es una voz de búsqueda insobornable: búsqueda de algún camino que lleve hacia algún lugar; de algún súbito “conocimiento” que le transporte “más allá de este aquí”. Ilusa y gloriosamente, en su acoso incesante a la palabra, le exige a ésta que le salve, que le responda con un “sí” “que llene los huesos de algún calor que sepa a lumbre de permanencia”.

Hubo un tiempo, ciertamente, en que la palabra tenía para ella sabor de salvación; un tiempo en que, por decirlo así, juanramonianamente, “sabía el nombre exacto de las cosas”. Fue el tiempo en que conoció la verdadera voz de la palabra; el tiempo en que todo era posibilidad de ser; el tiempo que todavía permanece como reminiscencia y como refugio; el tiempo en que arraiga el latido de sus versos. Y, ¡cómo absorben éstos y succionan, desde la raíz misma del desarraigo telúrico, la imponente presencia de las islas con su lava volcánica y con sus acariciantes arenas!

Ana María Fagundo quiere recuperarlo todo mediante el rito mágico de la palabra. Por eso se abre de par en par a la evocación y al recuerdo,

“...por si la lava,
por si el mar,
por si la cumbre de la niñez,
por si el fragor de la juventud,
por si el recuerdo,
pudiera darnos alguna luz a este camino,
por si pudiéramos saber
de algún vago lugar,
de algún lejano sitio,
de alguna senda que lleve a alguna parte,
por si pudiéramos...”

(p. 28)

Así, con este final de puntos suspensivos que nos invita a proseguir: por si pudiéramos, Dios sabe qué; ¡por si pudiéramos regresar!; ¡por si pudiéramos recuperar nuestros posibles!; ¡por si pudiéramos, desde el hondo vacío de la experiencia, engendrar “isla adentro” la palabra y hacerla otra vez “dios”! y, sobre todo, por si pudiéramos averiguar “la clave del misterio”.

Técnicamente, **Como quien no dice voz alguna al viento** parece huir

un tanto de la lima, es decir del pulimiento de las palabras y de las cadencias, como también parece huir de los nexos y de los engarces. De este modo, sus versos, más que flexibles y cadenciosos, resultan, a veces, aristados y bruscos. En el fondo, semántica y sintaxis se abrazan, pues.

Pero el elemento que prevalece, como recurso iterativo, es lo que llamaríamos la técnica de la segunda persona —técnica eminentemente apelativa— que no es, en el fondo, más que un desplazamiento del yo hacia el tú. O, si se prefiere: un desdoblamiento. Hay un tú (el del lector), que no es más que el yo velado del escritor, al que se dirige el discurso poético. Este discurso es mitad parénesis y mitad palinodia. Como parénesis y como palinodia implica fe y esperanza. El discurso poético de Ana María Fagundo y para Ana María Fagundo está escrito desde la fe y desde la esperanza de que la palabra se llene de semilla y reviente los surcos y se alce planta arriba hasta alcanzar los límites de la hermosura perfecta.